

Civismo y familia

Por CARLOS MANUEL RAYA

La enseñanza de la Cívica siempre ha sido labor ardua, aunque a ojos profanos resulte fácil, y a casi todas las vistas, imprescindible. Las razones tienen que ver con las edades recomendadas para ello, bien tempranas, y que cuando hablamos de enseñar y de aprender en este caso no se trata de preparar a un chico para un examen o para aprobar una asignatura. Enseñar cívica, principios ciudadanos, valores sociales y patrios —y que se apliquen cada día de la vida hasta el último de ellos— presupone un trabajo de orfebrería pedagógica y humana.

Debemos diferenciar, desde el inicio de este artículo, a qué nos referimos con Cívica para no confundir una disciplina con otra; en segundo lugar, y para afianzar la opinión anterior, no a todo maestro está dado este, digamos, carisma, y que suele ser la familia el primer *laboratorio cívico* para el ser humano en su desarrollo como persona.

Cívica no es sinónimo de cultura política, de filosofía, de religión o de derechos y deberes ciudadanos, a pesar de que estas materias muchas veces toquen, calcen y complementen la Cívica. Cívica tiene que ver con el correcto comportamiento ciudadano, y por lo tanto, no es una idea, una emoción ni una creencia ideológica o religiosa. Es aprender una conducta individual y social orientada al bien propio, al de los demás y hacia la comunidad humana donde se nace o se pertenece. Conducta en el sentido más amplio, la preparación para una adecuada vida social mucho debe a un buen maestro, a un programa escolar bien pensado, a la práctica en la escuela y en el barrio de ciertos principios de urbanidad. Pero no es en estos sitios donde empieza y se gana -o se pierde- la batalla, sino en la familia. Veamos por qué.

II.

No escogemos la familia. Nacemos en una. Luego, toda la vida el hombre pulsa entre el sentido de pertenecer a ese grupo —el único de adscripción natural- y hallar en él su referente —emocional, intelectual, ideológico, moral... Por eso la familia, como ha dicho Salvador Minuchin con acierto, es el *primer laboratorio social* de la persona humana.

El proceso de cómo crecemos en una familia y cómo se forman determinados valores es un proceso complejo y extenso que rebasa las intenciones de este trabajo. Sin embargo, es imprescindible colocarnos en el momento en que el niño empieza a identificarse con sus padres. Los padres, desde la perspectiva de un niño pequeño, son *grandes* en todos los sentidos. De ellos depende para alimentarse, jugar, ser oído, defenderse del peligro o ser consentido. La vista del niño hacia sus padres siempre está colocada hacia arriba: son *sus alturas*.

No por gusto la palabra Patria deriva del latín *Pater*, Padre. La Patria, que es lugar donde nacemos o al cual nos vinculamos emocionalmente desde temprano, es difícil entenderse sin ese vínculo inconsciente que nos viene de la infancia: es el sitio que nos alimenta el cuerpo y el espíritu, donde debemos ser oídos y escuchados, lo que nos protege del peligro o nos da *apapacho* cuando lo necesitamos. La Patria también, como los padres, nos exige. Por eso Patria tiene un significado mayor: es la *altura terrena* de los hombres. El escritor John Dos Passos lo dijo de esta manera: *podéis arrancar el hombre de su patria, pero no podéis arrancar la patria del corazón del hombre*.

Así, una primera lección de cívica comienza bien temprano. Al sentir respeto y admiración por sus padres, de alguna manera los niños crean un puente hacia la futura introyección del significado de patria. Es difícil que podamos enseñarle a un niño amor a la patria si no lo siente por sus padres, o sus padres depositan en otros lo que les corresponde por naturaleza. Puede que uno de los problemas más serios de la llamada posmodernidad esté en que ese paralelismo entre familia y sentido patrio se vaya diluyendo.

La evocada *crisis de la familia tradicional* pudiera verse a nivel macro como la crisis del concepto tradicional de pertenencia y referencia a una patria.

El término *Aldea Global* pudiera ser algo más que la pérdida de la soberanía patria: en su tuétano se pudiera hallar la pérdida de la autoridad y la independencia de las familias, la ancestral influencia de los padres sobre sus hijos. Los padres, como la patria, deberán respetarse primero para que sus hijos aprendan a respetarlos y quererlos; hacia la patria, como hacia los padres, nos vinculan deberes y derechos perdurables.

Y hoy, sobre todo los deberes, se cotizan a muy bajos precios.

Otra lección de cívica que se debe conocer y practicar desde la familia es la convivencia. Los *viejos* solían decir que cuando los grandes hablaban los niños se callaban. Esto es muy interesante. Los límites a la participación y el diálogo en comunidad se establecen en la familia primero. En familia se aprende cómo, qué y cuándo hay que hablar, y la virtud de saber escuchar a los demás. En las familias donde no se practican esos límites, ni el diálogo respetuoso, sino el monólogo avasallador se fomentan los futuros lobos o corderos, dependiendo del pelaje que convenga a cada niño según personalidad y circunstancias. No esperemos muchas muestras de respeto, diálogo tolerante y aceptación de los demás en el ámbito social de chicos *educados* en familias que no los practican.

Por último, es habitual que la familia sea un referente para los niños, y con el tiempo –sobre todo en la adolescencia- sean ellos los primeros y sus más ácidos críticos. El niño aprenderá así a mediar con el poder, con las reglas, y el valor de lo justo –a cada cual lo que le corresponde. Ese libre juego de participación, libertades y limitantes prepara al ciudadano para su ulterior intervención social.

Si bien la familia no es una democracia, paradójicamente ella permite que el muchacho vaya construyendo su propio ideal de democracia. La familia pasará de ser un referente absoluto en el niño pequeño, a un no referente en la adolescencia, y volverá cual péndulo a ser un referente crítico en la adultez. Cuando ese proceso de aproximación y separación del referente familiar no se da por defecto o por exceso, a los muchachos les será difícil distanciarse o acercarse a un ideal político, moral, ideológico y religioso. O, en todo caso, con su brújula extraviada, su vida vendrá a ser un vale todo.

En las familias sin reglas, o muy rígidas, el futuro ciudadano no puede aprender a mediar con las normas, y por lo tanto, carece de herramientas para cambiarlas, o no le importa el cambio, que más que un derecho es un deber ciudadano. Allí donde es factible, los ciudadanos crecidos en familias de este tipo no se interesan por asistir a las elecciones ni por las leyes, incluso por las que los afectan. En los lugares donde no hay verdadera democracia, al ciudadano termina admitiendo cualquier ley o político como algo irremediable: en su *disco duro* familiar está impreso que el cambio no es posible ni conveniente.

III.

Si de la familia tradicional se dice que está en crisis, y establecemos un paralelismo entre la educación en valores cívicos y la práctica de estos por los futuros ciudadanos, ¿qué nos espera? ¿Podremos cambiar las reglas?

Especulemos en sentido negativo primero. En la medida en que el divorcio, las separaciones familiares, la maternidad y paternidad irresponsables, el abandono de la ancianidad y la independencia precoz de los hijos avance, podrá suceder lo que observamos hoy a escala social creciente: la indolencia del ciudadano frente a la política, el deterioro del medio ambiente y los deberes patrios; la pereza intelectual y espiritual para formular originales propuestas colectivas; el individualismo y el relativismo cuales nuevas religiones. Ese camino, ya explorado por la *ciencia ficción*, puede llevar a la Humanidad a un deterioro irremediable.

Pero el catastrofismo no es bueno ni para prevenir a los morosos. Tarde o temprano la historia demuestra que en este mundo, por voluntad divina o por la *misteriosa* acción de la naturaleza, las cosas buscan un equilibrio. Comienzan a preocuparse los políticos por los altos niveles de abstencionismo y las escasas propuestas alternativas; los economistas por el consumismo sin contrapartida productiva; los legistas por leyes cada vez más permisivas o restrictivas; los médicos por las enfermedades emergentes y otras nuevas que prometen desaparecer pueblos enteros. Y todos, o casi todos, se preocupan por un planeta que se ahoga por falta o excesos de agua.

Sin embargo, pocos o muy pocos, como la Iglesia, han ido al núcleo de la cuestión: la educación y la protección de la familia. Para revertir tales tendencias se hace imprescindible que los Estados comiencen a fomentar los *laboratorios sociales*.

¿De qué se trata, pues? En primer lugar, de un principio básico en la Doctrina Social de la Iglesia: la subsidiariedad. El Estado no está por encima del ciudadano ni de la familia, sino que emerge de ella y por tanto, su hacer



debe encaminarse a dar protección y desarrollo a la persona humana y a su familia. Es un absurdo –y un *suicidio político* a mediano y largo plazos- para cualquier gobierno legislar u organizar la sociedad de espaldas –y en ocasiones, en contra- de la familia. Por su fuerza y naturaleza intrínseca, la familia siempre buscará la manera de sobrevivir a las pretensiones hegemónicas de una religión o una ideología. El costo-beneficio de una política realista y dúctil con respecto a la familia inclina la balanza a su favor: siempre facilitarle las cosas hará más sólida y responsable cívicamente la sociedad.

IV.

No bastaría con exponer lo que sabemos: que el desequilibrio de la familia pudiera condicionar, en parte, la crisis global de valores cívicos de los ciudadanos. Que se aprende – o no- a ser honesto, tolerante, misericordioso, solidario primero donde se nace y se crece antes de poder serlo en la sociedad. Hacen falta propuestas concretas, voluntad política para enseñar cívica *desde la cuna*. Pero si la organización social y económica de la sociedad estimula lo contrario, es decir, el despedazamiento de la familia, los individuos del futuro difícilmente tendrán sentidos de pertenencia y referencia sólidos hacia su propia sociedad. Los Estados deberían evitar, hasta donde sea posible, todo aquello que aleja a los esposos, y a ellos de sus hijos.

Es una carga dura para cualquier empresa o Estado pagar a la mujer el salario íntegro durante el primer año de maternidad.

Pero si de *mercado* se trata, esa es una inversión garantizada: sabemos bien cuánto se ahorra en salud física y mental con la lactancia materna y otros cuidados que sólo la madre puede ofrecer. Nadie debería limitar cuanto desea trabajar una persona.

Pero las empresas y el Estado si pudieran considerar dentro de su *atención al hombre* el tiempo de que disponen sus trabajadores para compartir con sus familias. Es una inversión garantizada: el hombre y la mujer que regresan el lunes a su puesto laboral tienen un compromiso mayor con el trabajo.

Ciertas tareas alejadas del hogar requieren honorarios individuales altos. Las empresas y el Estado, para *ahorrar*, envían al trabajador sin su familia. Error: nadie rinde igual en solitario, pasando trabajo para trabajar. Es una inversión garantizada cotejar el empleo del esposo o esposa con el de su consorte.

El Estado debería garantizar la enseñanza gratuita y universal para todos los ciudadanos al menos en los primeros años.

Pero el Estado no debería uniformar esa enseñanza de manera que los padres no pudieran escoger la escuela o el tipo de formación ideológica o religiosa que quieren para sus hijos. Compete a los padres tal discernimiento, lo que no quiere decir que en materias como la matemática, la lengua materna o la geografía los niños no tengan la misma preparación.

Unos padres atados de tal modo, están obligados a uniformar los pensamientos y el espíritu de sus hijos, con lo cual crean al interior de la familia el grave conflicto del *hombre doble*: en la prueba, en la escuela, en los *actos cívicos*, el chico tiene que comportarse o decir lo que allí le imponen; pero en la casa dice y piensa lo que sus padres le enseñan, lo cual pudiera ser completamente distinto.

Para que haya real unidad entre el pensar, el decir y el sentir de un hombre educado cívicamente debe existir coherencia entre los valores que enseña la familia y los que el chico constata en la sociedad donde vive.

¿Cómo es posible enseñar valores cívicos con tantas trabas y contradicciones? Las palabras Patria, solidaridad, urbanidad y ética sonaran huecas en las bocas de esos muchachos crecidos en familias desmembradas, en sociedades donde una cosa se habla en la cocina y otra en la acera de enfrente.

Aún cuando los oigamos como adultos, sus conductas podrían delatarlos: el irrespeto hacia los ancianos y los desvalidos, la indolencia hacia el medio ambiente y la propiedad social y la devaluación del criterio de los demás sin razones de peso.

Sí, la enseñanza de normas de urbanismo y de cultura cívica son tareas difíciles. Pero no siempre nos damos cuenta de que la base de todo ese aprendizaje empieza, justamente, por *la mano que mece la cuna*.